

# Zygmunt Bauman y el problema del orden: una mirada sociológica a la modernidad y la posmodernidad

Paola Castaño Rodríguez

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman es sin duda uno de los principales teóricos sociales del siglo XX y ha sido identificado como el sociólogo de la posmodernidad. Este autor ha desarrollado un análisis profundo y revelador sobre las sociedades contemporáneas y lo ha hecho desde una óptica que equilibra el rigor teórico con la capacidad de dirigirse a problemas cotidianos y actuales de forma accesible para un público amplio. Este artículo presenta una visión de su pensamiento alrededor de su análisis crítico de la modernidad y la posmodernidad y tomando como punto de referencia la discusión sobre el problema del orden.

El campo cubierto por Bauman es diverso y masivo: se desplaza desde los estudios sobre la clase trabajadora a la cultura, pasando por la hermenéutica de las ciencias sociales, a través de la utopía, los intelectuales, el Holocausto, la globalización, la política y la moralidad, hasta las relaciones amorosas, el fenómeno reciente de los «*reality shows*», las contiendas electorales y las consecuencias del 11 de septiembre de 2001. En esta medida, dada su amplitud y riqueza, esta obra puede ser objeto de distintos puntos de entrada y el elegido en este escrito, el orden, es sólo uno de ellos. Sin embargo, la elección no es del todo arbitraria: el problema del orden es uno de los ejes fundamentales de su trabajo y se convierte en la clave para entender su caracterización crítica de la modernidad y la posmodernidad, o como él la denomina más tarde la «modernidad líquida». También, en tanto que Bauman permite reflexionar sobre las condiciones de posibilidad de este problema del orden, sus planteamientos iluminan el análisis de ciertos supuestos básicos de la sociología como disciplina.

En primer lugar, se realizará un breve esbozo biográfico de Bauman en función de los desplazamientos que ha tenido su obra frente a este tema. A partir de aquí se plantea-

rán su caracterización de la modernidad y sus argumentos sobre la posmodernidad en tanto conciencia crítica de la primera. Esto, para dar paso a unas reflexiones sobre la sociología y su relación con el proyecto ordenador de la modernidad, y sobre las transformaciones del lugar de esta disciplina en la posmodernidad. Para este autor los cambios en la modernidad y el advenimiento de un nuevo estado de cosas no son solo un asunto de la dinámica económica, política, social y cultural, sino que marcan un cambio fundamental en la comprensión intelectual del mundo social. Aquí él desarrolla una aproximación única y sugestiva para comprender la naturaleza de estos cambios.

## Zygmunt Bauman, el sociólogo

«Por admisión y temperamento», como dice Keith Tester, lo que hace Bauman es sociología. Bauman es un sociólogo y se identifica a sí mismo como tal, cree que la sociología es “más capaz que cualquier otra disciplina académica de capturar y abarcar la completitud de la experiencia humana” (Bauman y Tester: 2002, p. 20). Por esta misma razón no es sociólogo en un sentido disciplinar ni canónico. Esto quiere decir, por un lado, que para Bauman las fronteras disciplinarias deben ser tratadas con sospecha e incluso ignoradas en la búsqueda de un conocimiento más abarcador y relevante del mundo social; y por otro, que no es un autor demasiado preocupado por el canon de la sociología como él mismo lo confiesa<sup>1</sup>. Su obra, más que ceñirse a un único sistema de pensamiento, adopta los elementos que considera pertinentes de distintos autores provenientes de diversas tradiciones teóricas. Sobre este punto, Peter Beilharz señala que “niega la naturaleza sistemática o la relativamente clara trayectoria que caracteriza a otros cuerpos de trabajo como, por ejemplo, los de Habermas y Foucault. El trabajo de Bauman es notablemente difícil, en comparación, al igual que es resbaloso y cambiante” (Beilharz: 2000a, p. 12 – La traducción es mía).

Desde estos dos elementos se entiende por qué dice que es necesaria una sociología de «final abierto» con el fin de “estar a la altura de la tarea de entender la apertura de las vidas de los hombres y las mujeres” (Bauman y Tester: 2002, p. 39). Bauman aparece como un intelectual atento a las transformaciones de su época. Sus libros no sólo son cuidadosos en sus análisis, sino que siempre parecen oportunos frente al tipo de realidades que estudia. En este nivel, podría decirse con Keith Tester que Bauman hace un trabajo de «traducción»: “Él sintetiza lo que está pasando y lo que es importante, y lo presenta

---

<sup>1</sup> Sobre esto dice Bauman en su conversación con Keith Tester: “Sospecho que el no haber aprendido a respetar y reverenciar los ‘textos canónicos’ (una incapacidad de formación que se extiende hasta mis relaciones con las celebridades actuales) ha sido mi pecado original a los ojos del modelo académico (...) Fue durante mi estancia en la LSE [*London School of Economics and Political Science*] cuando se me informó que la sociología tenía sus clásicos, algo que me dejó atónito”. (Bauman y Tester: 2002, pp. 40-42)

a los pensadores sociales de tal manera que ellos puedan seguir los debates por ellos mismos... Es un ensayista a través del cual el presente adquiere algún tipo de sentido coherente” (Bauman y Tester: 2002, pp. 19-20).

No obstante, la obra de Bauman hasta hace poco no había sido objeto de análisis directo por parte de su disciplina. Quienes iniciaron este trabajo han sido Dennis Smith (1999) y Peter Beilharz, acompañados por Keith Tester, y los tres coinciden en que las ideas de este sociólogo no han sido objeto de análisis muy elaborados. Recientemente se han publicado compilaciones y trabajos en este sentido<sup>2</sup>, pero en español es muy poca la literatura secundaria sobre su trabajo.

Bauman, de origen judío, nació en Poznan (Polonia) en 1925. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, su familia se desplazó hacia la Unión Soviética debido a la invasión nazi de Polonia en septiembre de 1939. Allí, teniendo 18 años, se unió al ejército polaco y luchó en el frente ruso, llegó al rango de capitán y fue un activo miembro del Partido Polaco de los Trabajadores. A inicios de la década del cincuenta comenzó sus estudios en filosofía y ciencias sociales, pero en 1953 fue dado de baja en el ejército como parte de una purga anti-semítica del régimen. Es en este punto donde sus biógrafos señalan que tomó un camino alternativo, convirtiéndose en un catedrático en filosofía y ciencias sociales en la Universidad de Varsovia en 1954. En este período, haciendo ya sus estudios doctorales, Bauman pasó un año en el *London School of Economics* donde se convirtió en profesor asistente en la sección de Sociología de las Relaciones Políticas. También estuvo a la cabeza del Comité editorial de la revista *Studia Socjologiczne* (Estudios Sociológicos) en Polonia y publicó varios libros en polaco, incluyendo un tratado de sociología marxista.

A mediados de los sesenta fue el director del área de Sociología General en la Universidad de Varsovia, y en 1966 fue elegido presidente del Comité Ejecutivo de la Asociación Polaca de Sociología. Sin embargo, en 1968, en el marco de la guerra entre Israel y Egipto que fue seguida por una fuerte campaña anti-sionista en su país, debió entregar su carné del partido y fue despedido de su puesto académico con otros cinco profesores de la Universidad de Varsovia. Muchos de sus trabajos fueron censurados y sus comentarios públicos fueron condenados por los voceros oficiales del partido. Poco después, emigró de Polonia y después de viajar con su familia por Israel, Canadá, Estados Unidos y Australia, llegó a Inglaterra, donde se convirtió en profesor de sociología en la Universidad de Leeds en 1971. Se retiró de esta Universidad en 1990 como profesor emérito y desde ahí ha publicado por lo menos un libro cada año. En 1998 recibió el premio Theodoro Adorno y también fue nombrado profesor emérito en la Universidad de Varsovia.

---

<sup>2</sup> Además del libro monográfico que se ha citado aquí, Beilharz publicó un *reader* sobre este autor y, recientemente editó un conjunto de cuatro volúmenes de la serie *Maestros del pensamiento social moderno* dedicada a Bauman. (Beilharz: 2000b y 2002). Vale la pena señalar también que la revista inglesa *Theory, Culture and Society* le dedicó en 1998 un número especial.

A partir de este panorama, es posible constatar que los cambios en la vida de este sociólogo no parecen muy convencionales: un joven refugiado, un soldado en tiempos de guerra, un burócrata militar, un inmigrante y un intelectual crítico. Dennis Smith es enfático en conferir a esta experiencia de vida un lugar prioritario para entender la obra de Bauman. Smith sostiene que los rasgos distintivos de sus preocupaciones intelectuales reflejan precisamente sus experiencias de vida. Si bien señala que no fue el único que vivió esta experiencia, “sí ha sido uno de los pocos que la ha transformado en una sociología de gran profundidad” (Smith: 1999, p. 21). En síntesis, para este autor, Bauman es un observador especialmente interesado en las tendencias y las fuerzas del mundo contemporáneo porque las ha experimentado de una forma particularmente aguda. Al lado de esto, se encuentra la figura de su esposa Janina cuyas memorias (1986) y recuentos de sus experiencias como una niña judía viviendo en Varsovia durante la ocupación nazi, han dejado importantes rastros en el pensamiento social de Bauman. De hecho, él se inspira en ella para su estudio sobre el Holocausto y la modernidad al que se hará referencia más adelante.

Sin llegar al extremo de afirmar que la obra de Bauman puede ser explicada solamente a partir de su biografía, es evidente que tampoco podemos prescindir de ella para entenderla. Un elemento que permite comprender el desplazamiento fundamental que marca el inicio de su interés por la modernidad es el hecho de que la mayor parte de su vida, Bauman fue un comprometido socialista. En la primera parte de su obra, dedicada a estudios sobre la clase trabajadora polaca y el socialismo<sup>3</sup>, su perspectiva es la de alguien que tiene la responsabilidad de emplear su conocimiento para ayudar a alcanzar un «horizonte prometido». Sin embargo, a mediados de los ochenta estas perspectivas se transformaron significativamente y el futuro que Bauman comenzó a ver “ya no era la utopía socialista, sino la condición humana posmoderna” (Smith: 1999, p. 25). Es sobre esta parte de su obra, dedicada a la caracterización crítica de la modernidad y la posmodernidad, que se orienta el presente artículo.

Esta diferencia entre los esbozos del posible futuro socialista que Bauman vio hasta los ochenta frente a sus estudios sobre la modernidad y la posmodernidad, tiene como punto de partida una reflexión sobre su lugar como intelectual con respecto a aquello que estudia. De hecho, la obra que marca este tránsito es *Legisladores e intérpretes: sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales* publicada en 1987. La imagen del intelec-

---

<sup>3</sup> Algunas de sus publicaciones en inglés sobre este tema son: «Modern Times, Modern Marxism» In: *Social Research*, Número 34, 1968; «Marx and the Contemporary Theory of Culture» In: *Social Science Information*, Volúmen 7, Número 3, 1968; *Between Class and Elite*, Manchester: Manchester University Press, 1972; *Culture as Praxis*, London: Routledge, 1973; «The Structuralist Promise» In: *British Journal Of Sociology*, Volúmen 24, Número 1, 1973; *Socialism: The Active Utopia*, London: Allen and Unwin, 1976; y *Memories of Class: The Prehistory and After-Life of Class*, London: Routledge, 1982.

tual «legislador» que evoca la visión del orden ideal y provee soluciones universalistas en términos de juicios absolutos, aparece cada vez más problemática dadas las fuertes tendencias económicas, sociales y políticas que imposibilitaban el logro de dicha visión en las sociedades contemporáneas. Y a partir de ahí esta lógica es reemplazada por la del sociólogo que debe «interpretar» las condiciones sociales que afrontan los individuos en sus vidas. Es claro entonces que la sociología es también parte del problema para Bauman, más exactamente, los sociólogos como intelectuales y legisladores aspirantes han sido una gran parte del problema de la modernidad en tanto que ellos son los que han promovido la visión «celebratoria» de la modernidad de la cual Bauman quiere desprenderse.

Desde aquí es posible señalar un elemento central de su perspectiva como sociólogo, producto de estas reflexiones en torno al lugar social de los intelectuales: el esfuerzo constante por mostrar que “el mundo no tiene que ser de la forma en que es, y que hay una alternativa a lo que actualmente parece ser tan natural, tan obvio, tan inevitable” (Bauman y Tester: 2002, p. 23). Bauman sostiene que esta visión es resultado de dos de sus influencias fundamentales: Antonio Gramsci y Georg Simmel. Sobre Gramsci, reconoce que este autor le mostró que los hombres y las mujeres son agentes por derecho propio y no simples respuestas a las estructuras sociales, que las cosas pueden ser diferentes, y que hay alternativas que pueden ser construidas.

Si Gramsci le enseñó aquello a lo que el pensamiento social debe mirar, fue Simmel el que le enseñó cómo mirar al mundo que ha llegado a parecer tan natural para los hombres y las mujeres que no pueden concebir la posibilidad de que pueda haber una alternativa. De Simmel, Bauman dice haber aprendido que el trabajo de la sociología es el de ser un ojo sospechoso ante cualquier afirmación de que el mundo social operaría de forma ordenada y con una tendencia hacia algún tipo de equilibrio “si no fuera porque los hombres y las mujeres se comportaran de formas tan impredecibles y ambivalentes” (Bauman y Tester: 2002, p. 25). En tanto que la ambivalencia y la incertidumbre son la esencia de la vida social, a la sociología le incumbe tratar de capturar ese flujo sin cerrarlo o sin desear que se acabe. Es claro entonces que al tomar como punto de partida la premisa de que la sociedad no es un todo ordenado ni equilibrado automáticamente, que la ambivalencia y el conflicto están en el núcleo de la vida social, el orden no es algo que pueda darse por sentado como un hecho y debe convertirse en objeto de un cuidadoso análisis. Desde este marco se articulan las preguntas de Bauman sobre la modernidad, sobre los mecanismos que buscó poner al servicio de la búsqueda del orden, los costos humanos de realizarlo y los procesos sociales que están socavando las bases que la habían sostenido en el pasado.

## Modernidad y posmodernidad: del orden como tarea a la imposibilidad del orden como ideal

### *La Modernidad como pretensión ordenadora*

Para Bauman, la modernidad puede ser definida en términos de su preocupación central: el orden y, a partir de allí, en función de su constante lucha contra la contingencia y ambivalencia (Bauman: 1996). La modernidad busca materializar el deseo de imponer orden —concebido inicialmente en términos de predecibilidad, monotonía, regularidad, estabilidad y repetitividad<sup>4</sup>— y significado sobre la naturaleza y la sociedad, de conquistar todas las fuentes potenciales de incertidumbre; la ambición de no dejar ningún espacio para lo imprevisto y de convertir lo incontrolable en accesible y manejable.

Podría afirmarse que esto no es algo tan particular de la modernidad, y que todas las épocas han pensado, de una u otra forma, en el orden a partir de ciertas condiciones de inteligibilidad de la realidad. Pero la diferencia fundamental que marca lo específico de la modernidad es la convicción de que el orden no puede darse por sentado, que no es posible contar con que se haga cargo de sí mismo y que es preciso construirlo. Según Bauman: “La idea del orden como una secuencia regular de eventos, como un conjunto armonioso de partes bien articuladas, como una situación en la que las cosas tienden a permanecer como se espera que lo hagan, no nació con los tiempos modernos. Es claramente moderna, en cambio, la preocupación por el orden, la urgencia por interactuar con él, el temor de que a menos que hagamos algo el orden se degrade hasta convertirse en caos” (Bauman: 1994, p. 183). Por consiguiente, el lugar central que tiene el orden en la modernidad tiene como sustrato la inseguridad de su realización: la conciencia moderna es la sospecha de su carácter no concluyente.

Después del colapso de un mundo estructurado por los referentes de la divinidad o la tradición, las fuentes de legitimación ya no tienen un carácter absoluto y desaparecen los «fundamentos últimos». En este sentido, la modernidad implica la necesidad de diseñar y construir un orden que no aparece como sustentado ni protegido por fundamentos extraterrenales, sino como producto de la acción humana deliberada. Es por eso que tiene un carácter precario: la modernidad construye un mundo informado por la sospecha de la fragilidad del orden construido y diseñado por el hombre; un mundo que ha “perdido su referencia con el viejo orden y no ha encontrado uno nuevo” (Beriaín: 1996, p. 11).

---

<sup>4</sup> “Orden significa un entorno regular, estable, para nuestra acción; un mundo en el que los grados de probabilidad de los acontecimientos no se distribuyan al azar, sino que se organicen según una estricta jerarquía —de modo que determinados acontecimientos tengan grandes posibilidades de producirse, otros sean menos probables y otros prácticamente imposibles” (Bauman: 2001, p. 15)

La sociedad moderna que emerge precisamente de este descubrimiento de que el orden humano es vulnerable, contingente y carente de fundamentos confiables, encuentra su razón de ser en el sueño, la tarea y el esfuerzo por construirlo de forma sólida y duradera. Esto hizo de la contingencia y la ambivalencia los blancos, los «enemigos» en contra de los cuales era necesario luchar. Por contingencia, se alude a que algo puede ser otra cosa, que puede cambiar lo que es observado y los que observan. Contingente es aquello que no es ni necesario ni imposible, aquello que puede ser de un modo u otro: la contingencia expresa lo dado a la luz de un posible estado diferente. El término ambivalencia, por su parte, responde a la posibilidad de referir un objeto o suceso a más de una categoría. Según Bauman, es el correlato lingüístico específico del desorden: el fracaso del lenguaje en su dimensión denotativa (clasificadora y separadora). Lo que está en la base de esto es una idea particular del lenguaje, entendido como dispositivo para definir y clasificar marcando diferencias nítidas (Bauman: 1996, pp. 73-74). La función del lenguaje se verifica entonces a partir de las inequívocas divisiones en clases, de la precisión de los límites definitorios y de la claridad con que los objetos pueden ser distribuidos dentro de ellas.

De esta forma, es claro que el orden en la modernidad es una cuestión de delimitación, cuya realización implica el establecimiento de límites de inclusión y exclusión. El ideal de la función denotativa-clasificatoria de los dispositivos ordenadores es obtener una suerte de archivos que contengan todo lo existente, pero confinando cada grupo y cada término en un lugar separado del resto. En palabras de Bauman: “taxonomía, clasificación, inventario, catálogo y la estadística son las supremas estrategias de la práctica moderna” (Bauman: 1996, p. 76). En tanto problema, el orden surge con el despertar de la actividad ordenadora, de una serie de prácticas que no pueden entenderse por fuera del temor a lo innombrable, inclasificable y, en este sentido, incognoscible.

En el ámbito de la sociedad, lo anterior implica que las distinciones y discriminaciones debían convertirse en materia de deliberada estructuración<sup>5</sup>. Esto implicó el establecimiento de fronteras claras entre lo normal y lo anormal, lo esperado y lo inesperado, lo corriente y lo raro, lo domesticado y lo salvaje, lo familiar y lo extraño, lo socializado y lo antisocial, nosotros y los extraños. A su vez, esto tiene como correlato una serie de prácticas reguladoras sin las cuales la modernidad resulta impensable. En su búsqueda constante por el orden, ésta se constituye en una época de grandes planes para la sociedad: sus

---

<sup>5</sup> En las condiciones que imperaban «antes de la modernidad», sostiene el autor, el mantenimiento de las distinciones y las divisiones parecía darse naturalmente, sin esfuerzo consciente. Las divisiones en la sociedad y en la naturaleza daban la impresión de ser autoevidentes, intemporales e inmutables, inmunes a la intervención humana. Se las percibía como parte del «cosmos divino» en el que el lugar de las cosas y de los seres ya había sido determinado y estaba destinado a permanecer así para siempre. En otro lugar, Bauman aclara que, en sentido estricto, la «tradición» implica precisamente esa cualidad institucional «estructural»: el convencimiento de que no hay nada que las personas puedan hacer para cambiar las instituciones que han heredado y que si, intentaran trastocar su legado, ese intento acarrearía desastres inimaginables. (Bauman: 2002, p. 145)

horizontes se definen alrededor del diseño para una vida ideal y una perfecta administración de las condiciones humanas. Se trata entonces de la era de los planificadores, de los visionarios y de los «jardineros».

El autor plantea esta sugestiva analogía entre las prácticas de la modernidad en función del orden y la jardinería: el jardinero es quien articula una visión del orden de las cosas y después despliega su voluntad y sus herramientas para implementarla; su misión es la de imponer a cierta sección de la realidad (a un espacio y unas plantas) una forma que de otro modo no tendría (el jardín), y que sin duda no surgiría sin el esfuerzo para producirla. En esta medida, debe eliminar la maleza, las plantas «invasoras» que han crecido por su propia iniciativa y que perturban el diseño de la parcela. Precisamente lo que convierte a algunas plantas en «maleza» —que se debe arrancar o eliminar— es su tendencia a desdibujar el límite entre el jardín propio y el resto del campo. De ahí que este límite deba ser constantemente vigilado y defendido.

Siguiendo con esta metáfora, Bauman subraya: los jardineros tratan a la sociedad como un jardín que hay que diseñar y conservar a la fuerza en la forma en que fue diseñado (Bauman: 1994, p. 23). En otras palabras como un objeto a administrar, una colección de distintos problemas a resolver como una «naturalez» que hay que «controlar», «dominar», «mejorar» o «remodelar», como legítimo objeto de la ingeniería social (Bauman: 1998, p. 23).

En este sentido, la modernidad requería de una gran máquina administrativa para mantener el orden en la sociedad, un jardinero encargado de que cada planta ocupara el lugar adecuado en el jardín y que las malezas fueran removidas sistemáticamente. Para Bauman estas prácticas de jardinería encuentran su máxima expresión en el Estado moderno. El Estado encarna la tarea esencial de la construcción del orden y se confiere el carácter de dique que protege al orden del caos y, consecuentemente, de fuente, guardián y única garantía de la vida ordenada (Bauman: 2001, p. 28). Esta institución ha sido capaz de concentrar los recursos de poder, separarse del resto de la sociedad y actuar sobre ella como lo hace un jardinero.

Esta metáfora de la jardinería y del «Estado jardinero» tiene sus orígenes en el importante y controversial trabajo de Bauman titulado *Modernidad y Holocausto* publicado en 1989 en el cual se interpreta al Holocausto como una cristalización de las tendencias y posibilidades de la modernidad (Smith: 1999, p. 125). Es aquí donde este combate de la determinación frente a la ambigüedad y la visión del orden como la tarea fundamental que caracterizan a la modernidad dejan de ser un problema teórico y adquieren materializaciones humanas y políticas dramáticas. La idea de que existen individuos, en este caso los judíos, que son ambivalentes, que no se ajustan a un cierto orden planeado y que en esa medida deben ser eliminados (como «maleza» de un jardín perfecto<sup>6</sup>), es profundamente moderna.

---

<sup>6</sup> Bauman retoma algunos textos sobre la «política de población» que formaron parte del núcleo de la ideología nazi como el siguiente que se cita en extenso: “El que descuide las plantas

El genocidio es caracterizado entonces como el producto de la unión entre una burocracia dedicada y eficiente, determinada a lograr las metas que se le dieron; de una serie de capacidades materiales y organizacionales; y de un régimen determinado a poner en práctica su propio y perverso diseño de un ‘mejor orden social’<sup>7</sup>. Bauman sostiene que fue algo cuidadosamente planificado y organizado en todos sus detalles, llevado a cabo fríamente y con absoluta contundencia técnica creando toda una tecnología y un aparato burocrático a su servicio. Se logró una perfecta división del trabajo, totalmente jerarquizada que permitía a cada uno de los funcionarios implicados cumplir su labor parcial, traspasando la responsabilidad moral al funcionario inmediatamente superior. Se utilizaba un lenguaje neutro, aséptico, que permitía, entre otras cosas, una sensación de rutina y normalidad.

La pregunta de fondo que plantea Bauman, la cual le mereció un enorme reconocimiento a este trabajo, consiste en las implicaciones del Holocausto para la sociología como disciplina. Es por eso que contradice la idea de que su estudio sólo puede arrojar luz sobre la «patología» de la sociedad donde se produjo, pero sin aportar nada a la comprensión del estado «normal» de la sociedad. Al ser algo exclusivo de los judíos, con sus propias conmemoraciones, cursos universitarios y especialistas se ha confinado a unos pequeños espacios. Y de esta manera nos quedamos en lo que él llama una au-

---

de un jardín pronto descubrirá sorprendido que el jardín está plagado de malas hierbas y que ha cambiado incluso el carácter básico de las plantas. Si el jardín va a seguir siendo el lugar donde se cultivan las plantas, si, en otras palabras, va a seguir floreciendo a pesar de las fuerzas naturales, entonces es precisa la voluntad modeladora de un jardinero, un jardinero que les proporcionará las condiciones adecuadas para que crezcan, mantendrá aisladas las malas influencias, atenderá amorosamente todo lo que haya que atender y eliminará implacablemente las malas hierbas que pueden privar a las mejores plantas de su alimento, aire, luz y sol... Es decir, comprobamos que estas cuestiones relacionadas con el cultivo no son triviales para el pensamiento político, sino que tienen que formar parte del núcleo de todas las consideraciones y que las respuestas serán consecuencia de la actitud espiritual e ideológica de un pueblo. Debemos incluso declarar que un pueblo sólo puede alcanzar el equilibrio espiritual y moral si, en el núcleo mismo de su cultura, hay un plan de cultivo bien proyectado”. Citado de “Marriage, Laws and Principles of Breeding” In: *Nazi Ideology before 1933, 1939* (Bauman: 1998, p. 148).

<sup>7</sup> “Las víctimas no fueron asesinadas para conquistar el territorio que ocupaban, fueron asesinadas de una manera monótona y mecánica, sin emociones humanas, odio incluido. Fueron asesinadas porque no se ajustaban, por una u otra razón al esquema de la sociedad perfecta” (Bauman: 1998, p. 11) Bauman insiste en que los judíos tenían un carácter «no nacional» en un mundo donde se estaban creando las naciones territoriales. Esto los convertía en todas partes en «extraños» –el judío de Polonia no es polaco, ni el judío de Inglaterra es inglés, ni el judío de Suecia es sueco, el judío de Alemania no podía ser alemán– con todas las implicaciones que esto tiene: “Eliminaban la diferencia entre anfitriones e invitados, entre nativos y extranjeros y cuando la nacionalidad se convirtió en la base suprema para la constitución de un grupo, aparecieron para eliminar la diferencia más básica: la que existe entre ‘nosotros’ y ‘ellos’” (Bauman: 1998, p. 169)

tosatisfacción teórica donde «no sucedió nada que justifique que se tenga que volver a criticar el modelo de sociedad moderna que ha resultado tan útil como marco teórico y como legitimación pragmática de los métodos sociológicos» (Bauman: 1998, p. 3).

Con este argumento sobre el Holocausto, Bauman no está diluyendo las especificidades históricas de este genocidio, ni sostiene que su intensidad o magnitud estuvo determinada por la burocracia moderna o por la cultura de la racionalidad instrumental. Lo que le interesa señalar es que las normas de la racionalidad instrumental «están especialmente incapacitadas para evitar estos fenómenos, que no hay nada en estas normas que descalifique por incorrectos los métodos de ‘ingeniería social’ del estilo de los del Holocausto o que considere irracionales las acciones a las que dieron lugar» (Bauman: 1998, p. 23).

Con base en lo señalado hasta aquí, más que enfocarse en las plantas cultivadas, a Bauman le interesa la ambivalencia, los «despojos» de la jardinería, aquello que queda por fuera de las visiones estrictas del orden. Este interés radica en que a su juicio la producción de ambivalencia y contingencia son tan modernas como la clasificación y el diseño del orden: a medida que la modernidad intentó insertar a la sociedad en la «camisa de fuerza» de la racionalidad, se siguieron encontrando piezas —individuos, grupos, instituciones, subculturas— que no se ajustaban. Y cuando se crearon sistemas más complejos para lidiar con estas anomalías, lo que se obtuvo fue más complejidad y confusión.

Desde este señalamiento se apuntala el argumento fundamental de su conceptualización sobre la posmodernidad: en su esfuerzo ordenador, la modernidad produce precisamente aquello en contra de lo cual lucha, más ambivalencia y más contingencia. Por eso la labor se postula como incesante y nunca acabada, y es precisamente la constancia de esta labor la que desenmascara a cada momento su propia ineficacia, y en últimas su imposibilidad. En síntesis, las ambiciones ordenadoras de la modernidad permanentemente se ven desbordadas y, por lo tanto, frustradas. Y es la perspectiva posmoderna la que hace evidente este carácter in-erradicable del desorden.

### *La Posmodernidad: perspectiva y experiencia crítica de la modernidad*

Lo que se tiene hasta aquí es que la modernidad permite y fomenta aquello que precisamente pretende erradicar y en esa medida existe en función de una meta imposible. Con base en estos planteamientos, para Bauman la posmodernidad puede ser entendida como un «estado mental» que acompaña a la modernidad y que demuestra que sus esfuerzos por imponer un orden perfecto sobre la naturaleza, y principalmente sobre la sociedad, no sólo han fracasado sino que estaban destinados al fracaso. La posmodernidad debe ser entendida como la irrevocable instalación de la contingencia y la ambivalencia en el centro de la vida social, como el tiempo en el que es necesario aprender a vivir en un mundo irremediablemente ambiguo, en lugar de tratar de erradicar la ambigüedad.

Entrar en la posmodernidad quiere decir, entre otras cosas, aceptar como normal que los “mensajes que recibimos del mundo a nuestro alrededor sean desajustados, fragmentados, ambiguos y confusos. Significa no esperar nada distinto de esto” (Smith: 1999, p. 132). Esto ya no se percibe como una molestia temporal que con el debido esfuerzo se puede eliminar y superar por completo; deja de ser una estación temporal en el camino hacia el *telos* del orden perfecto, y se convierte en un rasgo constitutivo de la existencia.

Es preciso distinguir los planos desde los que Bauman ubica el concepto de la posmodernidad: la perspectiva posmoderna y la experiencia posmoderna. Debido a que la evidencia de los fracasos de la modernidad comenzó a aparecer de manera temprana en la época moderna, la perspectiva posmoderna tiene una historia casi tan larga como la modernidad. En otras palabras, en tanto cuestionamiento e interpelación de la idoneidad y viabilidad del propósito ordenador, la perspectiva posmoderna es contemporánea de la modernidad. Sin embargo, dicha perspectiva no se vuelve dominante dentro de grandes sectores de la sociedad “hasta que la evidencia de los fracasos de la modernidad se hace arrolladora” (Bauman: 1992, p. 5). En otras palabras, hasta que la posmodernidad no se convierte en parte de la experiencia misma de la vida social. Así, lo que antes era la posición intelectual crítica frente a la modernidad, ahora es parte de la existencia de los sujetos. Es por esta razón que Bauman reivindica la necesidad de desarrollar una sociología de la posmodernidad, un modelo teórico que le permita comprender esa «experiencia posmoderna».

Dentro del cúmulo de trabajos sobre la naturaleza de la posmodernidad, este autor señala que no hay ningún sonido dominante en medio de la cacofonía: todos estos recuentos parecen reportes de corresponsales de guerra en medio del desarrollo mismo del conflicto. Ante este panorama, su visión es profunda y reflexiva al tratar de abordar las formas en que estamos entrando en una época nueva producto de la reestructuración de la modernidad y de nuestra cambiada actitud hacia sus ideales. En palabras de Dennis Smith parafraseando a Bauman, “la posmodernidad es la condición humana que llega después de que la gente deja de creer en las grandes promesas hechas por las ideologías modernas: después de que se niegan a seguir creyendo, por ejemplo, que el socialismo traerá igualdad y libertad, o que el fascismo purificará a la sociedad, o que la democracia le dará poder a la gente, o que la ciencia le da a la humanidad el poder para inclinar a la naturaleza a su voluntad” (Smith: 1999, p. 16).

Los dos elementos claves en su modelo de la posmodernidad son el capitalismo global y el individuo aislado: “Mientras el capitalismo abarca todo el globo, las personas están descubriendo que son extraños, cada uno perteneciendo a un distrito único, el yo”<sup>8</sup>. Así, las estructuras claves, portadoras de las cargas ya no son los Estados naciona-

---

<sup>8</sup> Si bien estos dos temas resultan inseparables en el curso de los análisis de Bauman, es posible hacer una distinción entre los trabajos que se dedican más a uno de estos ejes. La discusión

les, los problemas están teniendo articulación en un nivel más alto, el nivel de las corporaciones transnacionales y multinacionales y en arreglos internacionales. Y la nuestra, dice el autor, es una versión privatizada, individualizada de la modernidad, “con la carga de la responsabilidad en los hombros de los individuos” (Bauman: 2003, p. 8).

Esta experiencia de la posmodernidad es sintetizada por Bauman con la palabra *Unsicherheit*, que fusiona los siguientes términos: incertidumbre, inseguridad y desprotección (Bauman: 2002b, p. 13). El hábitat posmoderno es uno en el que, en su experiencia, los individuos ya no saben qué esperar. El panorama es el de una vida sobresaturada de aprehensiones, donde vivir en la incertidumbre parece ser la única posibilidad. Se trata de un mundo que envía señales contradictorias que hacen que todo aparezca como errante, tentativo, sin centro, y donde se evidencia la fugacidad y fragilidad de las señales que en la modernidad se pensaba que nos guiarían de por vida.

La modernidad proclamó la artificialidad esencial del orden social y su incapacidad de conservarse por sí mismo, lo cual demandaba una distribución asimétrica de la capacidad de agencia y dotaba de la seguridad aparente de que alguien o algo (los intelectuales y el Estado principalmente) estaba a cargo del establecimiento de los horizontes de la acción. En este sentido, la sensación de ansiedad, de estar fuera de lugar y de pérdida de dirección que caracteriza a la posmodernidad, parece estar asociada con la conmoción de que ya nadie está a cargo. Bauman sintetiza esto en una simple pero explicativa imagen: “La actual inseguridad es similar a la sensación que experimentan los pasajeros de un avión cuando descubren que la cabina del piloto está vacía, que la amigable voz del capitán es solamente la grabación de un mensaje viejo” (Bauman: 2002b, p. 28).

Los individuos están siendo forzados a dejar de esperar que un Estado protector los cuide desde la cuna hasta la muerte, deben vivir con un alto nivel de riesgo y hacer los arreglos que puedan en ese marco. Las viejas redes de seguridad han sido rotas: la familia es una institución crecientemente inestable; el Estado de bienestar no puede cumplir con las demandas que se le confieren; la ciencia ha mostrado su lado peligroso, y entre más se usa para hacer que el mundo vaya más rápido, para sacar más de la naturaleza, para darnos una mejor vida, menos nos sentimos en control (Smith: 1999, p. 9).

---

sobre el capitalismo global es desarrolla en los siguientes trabajos: *En busca de la política*, tr: Mirta Rosenberg, México: Fondo de Cultura Económica, 2002; *Globalización: Las consecuencias humanas*, 2 ed, tr: Daniel Zadunaisky, México: Fondo de Cultura Económica, 2001; *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, tr: Victoria de los Angeles Boschiroli, Barcelona: Gedisa, 2000. Y el énfasis en las condiciones de la individualidad contemporánea se encuentra planteado en los libros: *La sociedad individualizada*, tr: María Córdor, Madrid: Cátedra, 2001; *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*, tr: Jesús Alborés, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003; *La sociedad sitiada*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005 y *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Bauman dedica gran parte de su obra durante la década de los noventa a una caracterización teórica sobre estas dinámicas de la posmodernidad, pero hacia finales de esa década se plantea una reflexión sobre los problemas involucrados en el uso de este término. Esto precisamente en un momento en el que el prefijo «post» adquirió protagonismo en los debates de las ciencias sociales para señalar cambios fundamentales de la contemporaneidad: posmoderno, postindustrial, postcolonial, postilustración, post-estructural, etc. Una de sus críticas tiene que ver con el hecho de que la mayoría de quienes teorizan sobre el problema han sido inscritos como sus defensores: “el hecho mismo de hablar sobre la posmodernidad se ha entendido como un signo de adscripción al bando ‘posmodernista’ (...) empecé la retirada cuando llegué a la conclusión de que la batalla estaba perdida, ya que la confusión semántica hacía casi imposible cualquier comentario sensible sobre las tendencias contemporáneas si se las agrupaba bajo la rúbrica de ‘posmodernidad’ ” (Bauman y Tester: 2002, p. 134). También se refiere a los intentos por cambiar el término por «modernidad tardía» o «segunda modernidad». Sin embargo, para Bauman éstas son expresiones que plantean que algo ha cambiado en la modernidad, pero que no dicen nada específico sobre la naturaleza de dicho cambio. Es por eso que a partir de su trabajo *Modernidad líquida* publicado en el año 2000, adopta este apelativo en lugar de posmodernidad con la que tituló muchos de sus trabajos sobre este tema.

La posmodernidad es ahora para Bauman, en un sentido más preciso, la modernidad en su fase líquida. Aquello que permite ver la idea de ‘modernidad líquida’ es precisamente el carácter de las transformaciones: el paso de lo sólido, a lo líquido, de lo inmóvil a lo flexible, de lo estable a lo inestable. Aquí la imagen de lo líquido es fundamental: los fluidos viajan fácilmente, no están fijos en el tiempo y el espacio, mientras que los sólidos tienen claras dimensiones espaciales (Bauman: 2003, p. 2). La modernidad sólida es la época del panóptico y de la fábrica, de la racionalidad instrumental, el «trabajo de por vida» y las concepciones territoriales del espacio, la economía, la identidad y la política. Por su parte, la modernidad líquida es la época de la incertidumbre (en cuanto a la ética y a nuestra creencia en los sistemas expertos), las formas flexibles de trabajo y organización, la guerra informacional, y la desterritorialización de la política y la economía.

Bauman explica esto a través de una serie de metáforas, dentro de las que se destaca la referida al «material» del que estarían hechas la modernidad y la posmodernidad (ahora rebautizada como modernidad líquida): la primera es de acero y concreto, y la segunda de plástico biodegradable, “el mundo construido de objetos durables ha sido reemplazado con productos desechables diseñados para su obsolescencia inmediata” (Bauman: 1996b, p. 23). De igual manera, retomando la analogía del «hombre modular» de Ernst Gellner, señala cómo los muebles anteriormente se hacían de forma definitiva, de una sola vez y tenían un único diseño que era irreversible; mientras que los muebles modulares son comprados por partes, siempre es posible agregarles más partes, éstas pueden ser

reacomodadas de distintas formas para componer diferentes totalidades que “satisfangan las necesidades cambiantes del gusto y la fantasía”. Así mismo, el hombre modular es el producto más notable de la sociedad contemporánea, que no tiene una forma única, predeterminada y «correcta», sino “un conjunto infinitamente ampliable de formas posibles” (Bauman: 2002b, p. 167) y de cualidades móviles, descartables e intercambiables.

Frente al panorama esbozado hasta el momento, lo que se encuentra es una visión que somete a la modernidad a una rigurosa crítica, pero que hace lo mismo con las condiciones «líquidas» de la contemporaneidad. De ahí que Bauman no pueda ser tan fácilmente adscrito al grupo de los estudiosos de la posmodernidad o de los «posmodernistas» sin más. Si la modernidad fue un continuo e incansable esfuerzo por llenar o cubrir el vacío, la posmodernidad abandona el esfuerzo y niega la creencia. En estas palabras, que se citan en extenso se evidencia la complejidad del panorama: “La posmodernidad no ha aliviado los miedos que la modernidad inyectó en la humanidad una vez la dejó a sus propios recursos; la posmodernidad sólo privatizó estos miedos. Esto puede ser una buena noticia: después de todo, en su forma colectivizada de lucha contra el vacío, frecuentemente terminó en las misiones de clases, naciones o razas (...) La privatización de los miedos puede no traer paz a la mente, pero puede remover algunas de las razones para las guerras de clases, naciones o razas. E incluso, la noticia no es buena sin ambigüedades. Con los temores privatizados, la tentación de correr por protección sigue siendo tan potente como siempre. Pero ya no quedan esperanzas de que la razón humana, y sus agentes terrenos, harán a la raza un tour guiado, con la certeza de que terminará en un refugio seguro y agradable” (Bauman: 1992, p. xviii – traducción de la autora).

Aquí se constata una ambivalencia implícita en el acercamiento de Bauman a la posmodernidad: por un lado, le confiere un carácter liberador al abandono de la absolutista pretensión ordenadora de la modernidad una vez se reconoce que no es realizable y se reconocen los peligros de querer realizar a cabalidad el ideal del orden. Pero por otro lado, describe de forma profunda y desencantada la manera en que la posmodernidad instala en el centro de la vida un vacío de promesas, dispositivos y entidades que gestionaban las promesas de orden en la modernidad. Bauman se mueve en medio de esta tensión: la utopía ordenadora vista en la modernidad como una meta precisa y realizable a toda costa, tuvo implicaciones perversas, pero ahora carecemos de un horizonte de sentido análogo al que prometía la utopía para los modernos y eso es casi igualmente perverso.

Con base en este marco es posible dar paso a la pregunta por el conocimiento, y en particular, el conocimiento sociológico en la modernidad y la posmodernidad. Aquí, más que argumentos acabados, se esbozan puntos de entrada para emprender una discusión sobre el lugar de la sociología en el mundo contemporáneo a la luz de las tesis de Bauman previamente descritas.

## El lugar del conocimiento en la modernidad y sus transformaciones en la posmodernidad o modernidad líquida: algunas perspectivas sobre la Sociología

A partir de la caracterización de la modernidad bajo el signo del orden es claro que el conocimiento, en este contexto, puede verse como una de las herramientas privilegiadas de este proyecto ordenador. La idea de conocer para controlar es, en este sentido, netamente moderna. En la lógica de la modernidad lo desconocido es amenazante, mientras un objeto conocido no puede oponer resistencia, o al menos dicha resistencia podría ser anticipada (Bauman: 2002c, p. 1 –traducción de la autora). El conocimiento aparece entonces como un dispositivo para manipular las probabilidades, para convertir lo incierto en predecible y para traducir lo contingente en algo regular y repetitivo.

La forma en que la ciencia moderna se articuló con una serie de prácticas políticas modernas ha sido bastante discutida (Shapin: 1994; Latour: 1999), lo que nos interesa aquí es el señalamiento de que la ciencia moderna emergió como parte de la ambición de conquistar y subordinar la naturaleza a las necesidades humanas. Y en el caso de la Sociología –cuyo nacimiento como disciplina estuvo marcado por el esfuerzo de ser reconocida como una ciencia con un *status* epistemológico similar al logrado por las ciencias naturales– esto implicó su unión con la promesa y el propósito de sus mismos logros frente a la vida social: conocer para controlar (Bauman: 2002c, p. 2).

En tanto saber moderno, para la sociología el orden sólo podía ser sinónimo de conformarse a unos estándares, de seguir unos patrones. Las teorías sociológicas, según Bauman, revelan su significado cuando son consideradas como intentos por ordenar lo que está desordenado, simplificar lo complejo y estructurar lo transitorio. En este contexto, la estrategia del trabajo sociológico debía ser legislativa si quería sostener la promesa de utilidad de sus productos para las necesidades ordenadoras, principalmente las del Estado moderno. Incluso Bauman llega a afirmar que los sociólogos trabajaron como ingenieros sociales para el Estado nacional embarcados en el proyecto moderno de construir una sociedad industrial racional, eficiente e integrada. El ideal de que la sociología podía llevar esto a cabo a partir de los fundamentos sólidos que prometía la ciencia se resume en las siguientes palabras que Bauman cita de Paul Lazarsfeld en un discurso de 1948: “La sociología todavía no está en el estadio donde puede proveer una base segura para la ingeniería social (...) A las ciencias naturales les tomó aproximadamente 250 años entre Galileo y el comienzo de la revolución industrial antes de que tuvieran un efecto importante en la historia del mundo. La investigación social empírica tiene una historia de tres o cuatro décadas” (Bauman: 2002c, pp. 31-32 –traducción de la autora).

En un sentido general, la historia misma de la sociología, para Bauman, lo que revela es un énfasis en los “patrones de comportamiento repetitivos, rutinarios y regu-

lares para lograr de cohabitación armoniosa y pacífica de los actores” (Bauman: 2002c, p. 4—traducción de la autora). La forma en que se estructura este postulado es reveladora, con respecto a que la «cohabitación armoniosa y pacífica» (el orden) sólo puede tener en su base un marco de predecibilidad garantizado por lo rutinario y lo regular. La centralidad de la pregunta por la socialización se enmarca en esta preocupación por aquello que garantice la repetición constante de determinados comportamientos que hagan posible el «desempeño regular y ordenado de la vida social».

Entre las interpretaciones teóricas que se han relacionado muy estrechamente con este marco, una de las más influyentes es la de Talcott Parsons, para quien un objetivo fundamental de la sociología era el de resolver el «problema del orden», entendido en términos de la cohesión de los sistemas sociales. A partir del énfasis en la integración, el consenso sobre valores y la comprensión de los individuos en términos de sus *status* y roles, la idea del sistema social aparece como un espacio coordinado que busca su propia supervivencia y su mantenimiento en el tiempo con el menor cambio posible. Así, aquello que sirva a esta tarea, aquello que ayude a preservar el estado de las cosas es considerado «funcional»; y cualquier cosa que pueda contravenir los esfuerzos administradores y presione hacia el cambio, resulta «disfuncional». Este énfasis del estructural funcionalismo en el mantenimiento del orden social, en la interiorización de normas sociales y valores, resulta fundamental para hacer visible la profunda relación entre la sociología y los supuestos modernos sobre el orden.

La pregunta que surge a partir de esta caracterización es ¿Qué ha cambiado en las condiciones posmodernas o de la modernidad líquida? Un primer elemento que se evidencia a partir de lo dicho hasta el momento es que el conocimiento en las sociedades de la modernidad líquida ya no puede prometer una total certidumbre. La noción que encarnaba la visión legislativa de los intelectuales—sobre una sociedad administrada en función del conocimiento— tenía en su base la idea de que el conocimiento era acumulativo, lo cual alimentaba la confianza en que cada día se sabría más y que ese creciente volumen de información proveería bases más certeras para la acción.

Lo que la centralidad de la ambivalencia y la contingencia en la vida contemporánea permite ver es que eso es casi imposible básicamente en dos sentidos: primero, en tanto que las claves interpretativas en uso ya no logran dar cuenta de la realidad emergente; no es posible contar con «mapas» adecuados o representaciones simbólicas que nos permitan delimitar y acotar determinado espacio, destacar los puntos principales y secundarios, fijar distancias, cercanías y determinar el camino adecuado en un mundo en flujo y en constante transformación. El hábitat posmoderno hace que actuar sobre la base del conocimiento acumulado sea muy difícil: las habilidades y lo acumulado hoy es obsoleto e inútil para mañana, y más que una ayuda se pueden convertir en un lastre que dificulta la movilidad a la que los individuos se ven compelidos. Y, segundo, en tanto que se

rompe con algo que en la modernidad ubicaba en el mismo nivel: el «conocimiento» y la «acción», como si el paso de lo uno a lo otro fuera automático y transparente.

Lo que hace la perspectiva posmoderna es revelar la brecha entre conocer y actuar, y mostrar que esa brecha está habitada por una profunda indecidibilidad. Algo indecidible es algo que en ciertas situaciones reconocemos como correcto o verdadero y en otras como incorrecto o falso, e incluso en otras, ninguna decisión es posible. Así, “la mayoría de las veces la naturaleza ‘inesperada’ de algunas consecuencias desalentadoras no responde a un conocimiento insuficiente o erróneo, sino a una decisión política” (Bauman y Tester: 2002, p. 193).

Desde aquí cambian los trazos desde los que se concibe el lugar del intelectual, del sociólogo, frente a la vida social: el abandono de las pretensiones legislativas y la adopción de una postura interpretativa. Como ya se dijo esta tensión entre el rol de los intelectuales como «legisladores» o «intérpretes» es un núcleo que marca la discusión de Bauman sobre la modernidad y la posmodernidad. De hecho, la oposición entre los términos moderno y posmoderno apunta en principio a diferencias sobre el entendimiento del mundo y de la vida social en particular y en la comprensión de la naturaleza y propósito del trabajo intelectual (Bauman: 1997, p. 2). Así, la incertidumbre que dio origen al concepto de posmodernidad y a la imagen relacionada de la pasada modernidad “surge del sentimiento de que el tipo de servicios que los intelectuales históricamente han estado mejor preparados para ofrecer, y de los cuales derivaron su sentido de importancia social, ahora ya no son tan fáciles de proveer; y que la demanda de dichos servicios es mucho menor de lo que se esperaría que fuera” (Bauman: 1997, p. 95).

Estos «servicios» de los que habla Bauman se refieren a la provisión de una solución dotada de autoridad a las cuestiones de verdad cognitiva, juicio moral y gusto estético. Esta demanda derivaba su importancia de la presencia de fuerzas sociales, que necesitaban la autoridad o los juicios cognitivos y normativos para legitimar su dominación actual o pretendida. Pero los individuos que viven en la posmodernidad se ven confrontados con dilemas frente a los cuales ya no pueden mirar hacia «arriba»—hacia los burócratas, los profesionales, los políticos, los científicos o los «expertos»— en busca de respuestas. De hecho, son conscientes de que hay problemas en la vida que no tienen soluciones «correctas», dudas que no pueden ser legisladas, agonías morales para las que no hay respuestas.

Si la realidad es ambigua, por lo tanto está sujeta a distintas interpretaciones, y ya no hay un espacio epistemológico privilegiado desde el cual representar a lo social como un todo. Para la estrategia «interpretativa» la relatividad no es sólo un estado transitorio, sino una condición misma del conocimiento (Bauman: 1997, p. 21). Así, el conocimiento sociológico pasa de ser un dispositivo para conjurar la contingencia del mundo social, de ser fuente de referentes investidos de autoridad para la vida social, a ser una interpretación de dicha contingencia ante la evidencia de su inerradicabilidad.

Con base en lo dicho hasta aquí, Bauman no está afirmando que el conocimiento no tenga uso o importancia en las sociedades contemporáneas, es claro, de hecho, que vivimos en un mundo que cada vez más se basa en conocimientos expertos para su funcionamiento. El interés de Bauman en el conocimiento no está centrado en su constitución interna o en sus posibilidades cognitivas, lo que le interesa es su capacidad para brindarnos lo que Giddens ha denominado «seguridad ontológica»<sup>9</sup>. El punto no es entonces hasta qué nivel el conocimiento puede o no ofrecer verdades, sino cómo los individuos han creído o no que podía hacerlo. Lo que argumenta Bauman es que en las condiciones de la modernidad líquida la fe una vez depositada en la capacidad del conocimiento de ser una guía absoluta y transparente para la acción ha sido profundamente socavada. Y en el caso de la sociología esto implica trazar o por lo menos pensar nuevos horizontes.

### Consideraciones finales

Retomando algunos elementos que propuso esta mirada sobre el pensamiento de Bauman, es posible señalar que ésta no es una crítica a la modernidad planteada desde sus propios marcos. Este autor no habla de las «promesas incumplidas» de la modernidad como es el caso de otras perspectivas críticas: la suya es una visión de la modernidad desde afuera, “a través de los ojos de alguien que ya no está comprometido con sus proyectos o sus promesas” (Smith: 1999, p. 51). Bauman está diciendo algo mucho más contundente: desde un comienzo esas promesas —el orden como el arquetipo de todas ellas— eran irrealizables. Pero su carácter de tarea y horizonte (pensado como realizable, pero nunca lo suficientemente realizado) le confirió sentido a la modernidad.

En el caso del orden, éste fue pensado como una meta a conseguir, no como una realidad ya instituida. Se trata del «gran artificio» que la modernidad prometió construir frente a una realidad que es siempre conflictiva, ambivalente y contingente. La transformación fundamental que marca el tránsito entre la modernidad y la posmodernidad o «modernidad líquida» es que aquello que para la primera es lo aún-no-terminado, lo aún-no-clasificado, lo aún-no-entendido, desde la perspectiva de la segunda es lo interminable, lo inclasificable, lo incomprensible.

Sin embargo, y este es un elemento fundamental, la perspectiva posmoderna no sólo señala que el proyecto de la modernidad estaba compuesto de ilusiones irrealizables, sino también, que estas ilusiones eran necesarias. Bauman ve la potencial perversidad de la labor de aquellos jardineros que pretendieron organizar todo bajo una determinada forma cuando es llevada al extremo, pero también sospecha de lo contrario, de un mundo

---

<sup>9</sup> Su opuesto, la «inseguridad ontológica» es otra expresión adecuada para sintetizar las características de la modernidad líquida como experiencia vivida: la propensión de los individuos a sentir ansiedades existenciales sobre su realidad individual y social. (Giddens: 1995)

en el que nadie quiere ni puede conferirse esa tarea, como parece ser el caso de la sociedad contemporánea.

Para la sociología esta discusión implica un conjunto interesante de retos sobre los que vale la pena reflexionar. Según Bauman, los sociólogos deben ubicarse en una posición intermedia entre los optimistas que afirman que vivimos en el mejor de los mundos posibles, y los pesimistas que temen que ese sea el caso (Bauman y Tester: 2002, p. 38). Así, hablar del hábitat posmoderno o de la modernidad líquida no implica celebrar sus rasgos, ni evaluarlos de cara a algún modelo del «buen orden», pero sí es necesaria una perspectiva que impida que lo existente se convierta en lo normal o peor aún, en la única posibilidad. El fatalismo también puede jugar un rol destructivo por medio de la creencia en que no podemos hacer nada para cambiar las condiciones en que vivimos (Bauman: 1994, p. 10)

De igual manera, si la ambivalencia, la contingencia e incluso el conflicto son considerados como rasgos estructurales y permanentes de la sociedad o como el resultado de la acción voluntaria de actores en particular que pueden ser castigados, ésta no es sólo una opción analítica. Esto involucra una tensión intelectual y política más compleja para los sociólogos: entre la necesidad de trascender la idea de que estos rasgos son simples anomalías y reconocer su lugar en la vida social, y la dificultad de terminar naturalizándolos como la única posibilidad. Este es sin duda un terreno fértil para la consideración de ciertos aspectos normativos que forman parte del trabajo de los sociólogos.

Para finalizar, una sociología de «final abierto» como la que propone Bauman, no apunta a proveer fórmulas totalizantes para la vida social, pero sí a construir mapas más complejos sobre el mundo en que vivimos. La principal consecuencia de todo esto es la posibilidad de hacer de lo actualmente existente sólo una de las formas posibles, no la única, la inevitable o la «natural». Esa es una sociología que puede hablar a los individuos, que les puede permitir examinar con nuevos ojos lo que dan por sentado, desfamiliarizar lo que consideran familiar. Es por eso que para este autor el énfasis debe ponerse en escenarios más concretos de la vida social, que son «urgentes» y están necesitados de reflexión constante. Más que por grandes preguntas teóricas sobre el orden, la socialización, la articulación funcional de los subsistemas sociales, se trata de elaborar intervenciones más cortas, análisis de escenarios particulares, desde una lógica interpretativa<sup>10</sup>. De ahí el interés de sus análisis sobre las sociedades contemporáneas que van desde el proceso de la globalización, los cambios en la política y la economía

---

<sup>10</sup> Este es el rasgo preponderante de la obra de Bauman desde finales de los noventa cuando sus preocupaciones se concentran en el análisis de las situaciones en que se puede encontrar a los humanos hoy, revisando por ejemplo, el caso de la prensa inglesa, las campañas electoras de George Bush y Tony Blair, los programas televisivos de masas en la actualidad, la dinámica de las relaciones amorosas y más recientemente, el tipo de conflicto que emerge a partir de la intervención estadounidense en Afganistán después del 11 de septiembre de 2001.

mundial, hasta las manifestaciones artísticas, la individualización, la comunidad y las relaciones amorosas que él caracteriza como el «amor líquido». Es ahí donde Bauman encuentra la razón de ser de su disciplina hoy, la cual sintetiza con las siguientes palabras: “La sociología no tiene ni puede tener más sentido ni más utilidad que la de un comentario perpetuo de la ‘experiencia humana vivida’, un comentario tan transitorio y tan obsesivamente puesto al día como esa misma experiencia” (Bauman y Tester: 2002, p. 37).

**PAOLA ANDREA CASTAÑO R.**

Politóloga e Historiadora de la Universidad de los Andes

Admitida al programa del Doctorado en sociología de la Universidad de Chicago

paolac@cable.net.co

RECIBIDO MARZO DE 2005, APROBADO MAYO DE 2005

## Referencias Bibliográficas

- BAUMAN, JANINA (1986) *Winter in the morning. A young girl's life in the Warsaw ghetto and beyond, 1939-45*, Londres: Virago.
- BAUMAN, ZYGMUNT (1992) *Intimations of Postmodernity*, New York: Routledge.
- \_\_\_\_\_ (1994) *Pensando sociológicamente*, tr: Ofelia Castillo, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, (Título original: *Thinking Sociologically*, Londres: Blackwell, 1990).
- \_\_\_\_\_ (1996) "Modernidad y ambivalencia" En: Beriain, J. (Comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, tr: Celso Sánchez Capdequí, Barcelona: Editorial Anthropos.
- \_\_\_\_\_ (1996b) "From Pilgrim to Tourist—or a Short History of Identity" En: Hall, S. y Du Gay, P. (Eds.), *Questions of Cultural Identity*, London: Sage Publications.
- \_\_\_\_\_ (1997) *Legisladores e Intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, tr: Roque Sáenz Peña, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. (Título original: *Legislators and Interpreters. On Modernity, Post-Modernity, and Intellectuals*, Cornell University Press, 1987).
- \_\_\_\_\_ (1998) *Modernidad y Holocausto*, tr: Ana Mendoza, Madrid: Ediciones Sequitur. (Título original: *Modernity and Holocaust*, Oxford: Polity Press, 1989).
- \_\_\_\_\_ (2000) *The Individualized Society*, Oxford: Polity Press. (Traducción en español: *La sociedad individualizada*, tr: María Córdor, Madrid: Cátedra, 2001).
- \_\_\_\_\_ (2000) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, tr: Victoria de los Angeles Boschiroli, Barcelona: Gedisa. (Título Original: *Work, Consumerism and the New Poor*, London: Open University, 1998).
- \_\_\_\_\_ (2001) *La posmodernidad y sus descontentos*, tr: Marta Malo de Molina Bodegón y Cristina Piña Aldao, Madrid: Ediciones Akal, S.A. (Título original: *Postmodernity and its Discontents*, Oxford: Polity Press, 1997).
- \_\_\_\_\_ (2001) *Globalización: Las consecuencias humanas*, 2 ed, tr: Daniel Zadunaisky, México: Fondo de Cultura Económica. (Título Original: *Globalization: The Human Consequences*, New York: Columbia University Press, 2000).
- \_\_\_\_\_ (2002b) *En busca de la Política*, tr: Mirta Rosenberg, México: Fondo de Cultura Económica. (Título original: *In Search of Politics*, Oxford: Polity Press, 1999).
- \_\_\_\_\_ (2002c) *Society under Siege*, Cambridge: Blackwell, 2002c. (Traducción en español: *La sociedad sitiada*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).
- \_\_\_\_\_ (2003) *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*, tr: Jesús Alborés, Buenos Aires: Siglo XXI. (Título Original: *Community: Seeking Safety*

- in an Insecure World*. Oxford: Polity Press, 2001).
- \_\_\_\_\_ (2003) *Modernidad líquida*, 2 ed, tr: Mirta Rosenberg, México: Fondo de Cultura Económica. (Título Original: *Liquid Modernity*, Oxford: Polity Press, 2000).
- \_\_\_\_\_ (2003) *Liquid Love: On the Frailty of Human Bonds*, Oxford: Polity Press. (Traducción en español: *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).
- \_\_\_\_\_ Y TESTER, K. (2002) *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, tr: Albert Roca Álvarez, Madrid: Paidós.
- BEILHARZ, P. (2000) *Zygmunt Bauman: dialectic of modernity*, Londres: Thousand Oaks, Sage.
- \_\_\_\_\_ (Editor) (2000b) *The Bauman Reader*, Malden: Blackwell Publishers.
- \_\_\_\_\_ (2002) *Zygmunt Bauman*, Londres: Sage, Masters of Modern Social Thought.
- BLACKSHAW, T. (2002) "Interview with professor Zygmunt Bauman" En: *Newsletter of the British Sociological Association*, N° 83, Octubre.
- GIDDENS, A. (1995) *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona: Península.
- LATOUR, B. (1999) *La esperanza de Pandora: Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, tr: Tomás Fernández Aúz, España: Editorial Gedisa.
- SHAPIN, S. (1994) *The Social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth Century England*, Chicago: University of Chicago Press.
- SMITH, D. (1999) *Zygmunt Bauman. Prophet of Posmodernity*, Oxford: Polity Press.